

Apertura del Curso académico 1958-59 de la Universidad española

DISCURSO DEL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

Con motivo de la celebración del IV Centenario de la muerte del Emperador Carlos V, se ha celebrado en la Universidad de Granada la apertura del Curso académico 1958-59, en la que el Ministro de Educación pronunció el siguiente discurso:

Me satisface mucho celebrar hoy, en esta Universidad de Granada, la apertura del nuevo curso académico. Granada, ciudad de fino espíritu universitario, es un hogar en el que ceremonias como la presente tienen la máxima espontaneidad y naturalidad deseables. Y en este año, además, era obligado rendir aquí un sobrio homenaje al Emperador Carlos V, padre de esta Casa. En las piedras del Alcázar y en la continuidad secular de su Universidad tiene Granada una doble memoria del Emperador, que ojalá fuera siempre para ella lo que toda memoria debe ser: un punto de partida y una acumulación de energía histórica.

Quizá debiera yo, conforme parecen mandar al unísono los cánones del protocolo y la oratoria, tomar pie en esta oportunidad del Centenario para hacer una oración de nuestra gloriosa Universidad imperial, y para mostrar luego cómo el espíritu de esta Universidad debe continuar y revivir en nuestros días. Me excuso, sin embargo, de acometer de frente tarea tan difícil. En primer lugar, porque entiendo que esta evocación exigiría desarrollos y precisiones impropios del momento; pero, además, porque conviene mucho dejar descansar, siempre que sea posible, las grandes fórmulas elocuentes. En el silencio, como dice un verso de Hölderlin, "crece, durmiendo, la potencia de la palabra". Hagamos, pues, porque en el silencio crezca la virtualidad histórica de aquella palabra que dijo a Europa nuestra Universidad del siglo XVI.

RASGOS ESPIRITUALES DE LA UNIVERSIDAD CAROLINA.

Me perdonaréis, sin embargo, algunas vagas tangentes en torno a este silencio respetuoso. Tan sólo revivir dos rasgos espirituales de la Universidad carolina, rasgos que, como ocurre con toda institución en buena forma histórica, compartía con el ambiente social del que era a la vez reflejo y foco iluminador. Por una parte, su sentido tradicional y continuador del pasado, y por otra, su atención vigilante al presente. Si entre ambos rasgos no hubiera más que yuxtaposición mecánica, no tendría excesivo interés el que los evocáramos ahora; lo aleccionador y singular es que el primero era raíz y condición del segundo. El secreto de la eficacia histórica de aquella

Universidad del siglo XVI y del complejo espiritual y social en que estaba inmersa radica en la interioridad de la conciencia, unidad tanto más valiosa cuanto que era insólita en la época del Renacimiento. España, que en otras coyunturas históricas se nos ha aparecido como una comunidad espiritual en trance de desgarramiento y de rebelión contra sí misma, vive su época imperial apenas sin conmociones traumáticas; la Edad Media encaja con perfecta naturalidad en la Moderna, y no podríamos precisar dónde acaba la una y empieza la otra. Las ideas filosóficas, las formas artísticas, los usos sociales, son objeto de una asunción y de una recreación poderosa, son objeto de un afectivo acto de entrega o tradición, en el sentido que el Derecho romano da a esta palabra. Un hispanista ha encontrado en unos versos de Calderón la cifra de esta aceptación del pasado trasmutada en proyecto de futura:

*... que quien no es hoy lo que ayer
no será lo que hoy mañana.*

El programa de continuidad que Calderón propone aquí conserva vigencia permanente, sobre todo para los momentos de crisis y tránsito, como los que hoy vivimos. Siempre de un modo o de otro, estamos obligados a actualizar nuestro pretérito, próximo o remoto, pobre o rico. Si nuestro siglo XVI supo asimilar con perfecta naturalidad nuestra Edad Media, deberíamos nosotros, españoles del siglo XX, asimilar también con perfecta naturalidad nuestra Edad Moderna. Nótese que repito y subrayo con toda fuerza, esa expresión de "perfecta naturalidad". Aludo con ella a la misma que he apuntado hace un instante: la virtualidad creadora del silencio. La asimilación del pasado cultural por parte de una comunidad tiene algo de función biológica, y como todas las funciones biológicas está confiada al tiempo, y no tolera aceleraciones artificiales. Muchas veces ocurre (pongamos el dedo en la llaga) que retardamos la comprensión y asimilación de lo bueno que puede tener un determinado escritor o una determinada corriente ideológica, por el simple hecho de pregonar demasiado la necesidad de esa comprensión. Planteamos demasiado a flor de piel, por un exceso de conciencia y de autoanálisis colectivo, un proceso que normalmente se cumple sin ruido, en la sombra, al compás del desarrollo espiritual de la Nación. Le quitamos, en suma, ese ingrediente indispensable de naturalidad, y el resultado es que el proceso asimilador se paraliza o se desvía, o incluso provocamos la reacción contraria.

LAS DEFICIENCIAS, REFLEJO DE UNA ESTRUCTURA SOCIAL IMPERFECTA.

No creo que sea bueno, en general, que las naciones y las culturas nacionales se psicoanalicen demasiado; hay que dejar al tiempo su indispensable misión y al trabajo y al silencio que cumplan su obra. La vinculación continua y áspere, aunque a menudo brillante, sobre nuestras deficiencias colectivas, parece que nos revela con demasiada frecuencia de lo que constituye su principal remedio: el trabajo callado y fecundo, el cumplimiento cotidiano del deber personal y profesional, sobre todo si tenemos en cuenta que una gran parte de esas deficiencias que nos irritan son reflejo casi fatal de una estructura social imperfecta, y que, por tanto, sólo a través de una profunda reforma de esta estructura social se pueden superar. Es ingenuo creer hoy día, por ejemplo, que las imperfecciones y atonías de la vida intelectual de España sean susceptibles de una solución directa, a fuerza de prédicas lucidas o de medidas administrativas milagrosas. La vida intelectual de un país es, en gran parte, función de su entera vida social. La minoría universitaria, por de pronto, se recluta entre la población alfabetizada y culta; y si resulta que esta población alfabetizada y culta es relativamente exigua —es decir, no coincide, como debiera, con la totalidad del país— no podrá por menos de resentirse de ello aquella minoría universitaria. Los universitarios españoles debemos percatarnos con toda crudeza —aquí me parece que el autoanálisis no es inoportuno, porque en esta materia desgraciadamente no solemos ejercitarlo— de que somos un pequeño grupo espumado en una Nación de treinta millones de habitantes que todavía no está convertida en una nación culturalmente plena, es decir, que todavía no está formada por treinta millones de personas cultas, cada una en su grado, decorosamente dotadas en el aspecto económico y profesionalmente capaces. Nuestras actividades intelectuales, nuestras conferencias, nuestros libros son gesticulaciones que hacemos sobre ese trasfondo de una sociedad nacional aún inmadura. No es, pues, raro que tales gesticulaciones tengan a veces algo de tramoya o irrealidad.

PROBLEMA ESPIRITUAL, MORAL Y ECONÓMICO.

Me estoy refiriendo a un problema que, como no se os oculta, es enormemente complejo. Por su anverso, este problema es espiritual y moral; por su reverso es un problema económico. Y la solución, como el problema, tiene también dos caras: una se llama industrialización y la otra escolarización. Ambas tareas están en conexión indisoluble, y desde hace veinte años las venimos asumiendo con prometedora regularidad; y si alguien de buena voluntad niega o pone en duda esa regularidad, estimo que debe atribuirse a un explicable efecto de reacción,

provocada por el pensamiento de cuanto, llevados de nuestro énfasis nacional, solemos ponderar tópica y reiteradamente. Pero una manera como otra cualquiera de incurrir en el tónico es desconocer la evidencia que debajo del tópico suele albergarse.

No voy a entrar ahora en el comentario detallado de ese complejo de actividades que para designarlas con un nombre único he denominado de escolarización. En otras oportunidades lo he hecho, y en otras lo haré, Dios mediante, porque entiendo que en este campo, acaso más que en muchos otros de la Administración Pública, son inexcusables el detalle y la precisión del dato y su exposición honrada ante el público. Hoy sólo quiero haceros ver que esta gran faena histórica nos afecta, en cuanto universitarios, decisivamente; la escolarización del país, aunque se canalice por la doble vía de la escuela primaria y de la escuela técnica, creará la placenta social y amplia —tan amplia como la totalidad nacional— de que nuestra Universidad debe nutrirse, bajo pena de raquitismo e inanición.

Comencé hablándoos de Carlos V y de la Universidad del Siglo XVI, ejemplo de continuidad histórica y de unidad de conciencia. Entonces, las jerarquías medievales estaban aún sustancialmente intactas; no había, pues, un desgarramiento social que operara contra esa unidad de conciencia. Hoy día, la reconstrucción de una unidad de conciencia en la Universidad y en general en toda la vida espiritual del país se ve trabada por la existencia de un desgarramiento social que es necesario reparar. La batalla por la subsistencia y la autenticidad de la institución universitaria se libra en la calle, fuera de sus muros; si esta batalla se gana los defectos de la Universidad se remediarán en buena parte automáticamente y por añadidura. Una institución sana se autorregenera rápida y fácilmente

LA UNIVERSIDAD DE GRANADA, GOZNE INTELECTUAL DE DOS MUNDOS.

Yo creo que esta Universidad de Granada está quizá, por la fuerza de los motivos que presidieron su fundación, en disposición singular para comprender y vivir estas vitales urgencias. La Universidad de Granada se fundó, según reza la inscripción del año 1532, que aún se conserva en la Curia Eclesiástica, "ad fugandas infidelium tenebras"; esto es, como gozne intelectual de dos mundos, musulmán y cristiano, que convivían en la Granada de las décadas posteriores a la Reconquista. Era una Universidad fronteriza, como los romances, cuya razón de ser, profundamente social, trascendía más allá del estricto ámbito docente. Una Universidad fronteriza, en otro sentido, nos hace hoy falta: una Universidad que se dé cuenta de que está inexorablemente colocada en una difícil situación límite, y de que todas sus posibilidades históricas penden del éxito de unas tareas políticas que aparentemente, y a los ojos de un intelectualismo abstractizante, no tienen demasiado que ver con ella.